

CAPÍTULO III: La Otra Vida

Con la posible excepción de Miguel de Unamuno, ningún escritor de la Generación del 98 tuvo un interés tan profundo en el tema de la muerte como Antonio Machado. Algunos críticos han visto una semejanza entre Machado y Heidegger, sosteniendo que los dos demostraron una actitud de resignación ecuánime ante la idea de la muerte. Pablo de A. Cobos ha dicho que el poeta tenía una actitud de “sereno estoicismo” hacia la muerte de ciertas personas conocidas (1), y Juan Ramón Jiménez ha observado que Machado se adaptó como pocos a la idea de su propia muerte: “Poeta de la muerte, y pensado, sentido, preparado hora tras hora para lo muerto, no he conocido otro que como él haya equilibrado estos niveles iguales de altos y bajos, según y como... Toda nuestra vida suele consistir en temer a la muerte y alejarla de nosotros, o mejor, alejarnos nosotros de ella. Antonio Machado la comprendía en sí, se cedía a ella en gran parte” (2). ¿Es que su aceptación de la muerte fue el resultado de su fe en la posibilidad de tener otra vida? Juan Ramón parece creerlo, cuando afirma que su amigo “era dueño del secreto de la resurrección” (3). También lo confirman estas palabras de su hermano José: “Alguna vez lo oí decir, así como con la razón no se podía probar la supervivencia del espíritu, en cambio la intuición parecía afirmarla” (4). A pesar de no poder encontrar una prueba racional de la permanencia del alma, Machado nunca pierde del todo su esperanza de tener otra vida. Y esta esperanza no se limita a los años inmediatamente después de la muerte de su esposa Leonor; veremos que está presente en las poesías más tempranas, y continúa hasta el momento de su propia muerte.

1. LA TRASMUERTE PARADISIACA

Antes de estudiar los poemas que se refieren al tema de la otra vida, conviene aclarar dos cosas con respecto a la actitud de Machado hacia la muerte: según la opinión del poeta, ¿en qué sentido es la muerte una cosa real; y cuál es su manera de pensar sobre la muerte?

(1) Pablo de A. Cobos, *Sobre la muerte en Antonio Machado* (Madrid: Ínsula, 1972), p. 22.

(2) Juan Ramón Jiménez, “Españoles de tres mundos”, *Sur*, X, 79 (1941), pp. 9-10.

(3) Juan Ramón Jiménez, *Op. cit.*, p. 10.

(4) José Machado, *Últimas soledades del poeta Antonio Machado (Recuerdos de su hermano José)* (Santiago de Chile, multigrafiado, 1958), p. 85.

LA DUALIDAD DE LA SUBSTANCIA Y LA INMORTALIDAD DEL ALMA

Sin contradecir la concepción panteísta según la cual el universo constituye una “sola y única mónada” de energía consciente, es evidente que Machado distingue entre el espíritu y la materia; recuérdese lo que dice en el documento autobiográfico publicado por Francisco Vega Díaz: “En el fondo soy un creyente en una realidad espiritual opuesta al mundo sensible” (5). En términos físicos, pues, la muerte sí es definitiva; esto es lo que quiere decir Machado cuando habla de la “copa de cristal”—el cuerpo mortal—en el poema que sigue:

¿Dices que nada se pierde?
Si esta copa de cristal
se me rompe, nunca en ella
beberé, nunca jamás (6).

Y sobre la muerte del cuerpo también ha escrito Juan de Mairena: “La muerte va con nosotros, nos acompaña en vida; ella es, por de pronto, cosa de nuestro cuerpo” (OPP, p. 464). Al insistir en la muerte del cuerpo, Machado introduce el concepto de la inmortalidad del alma, tal como lo ha reconocido Dámaso Alonso, al hablar sobre el pasaje de Mairena que acaba de citarse: “Afirma Machado aquí la posibilidad de creer en la dualidad de sustancias incompletas, cuerpo y alma, que constituyen el ser llamado hombre, entreabriendo así sin rechazarlo, el problema de la inmortalidad del alma. Posibilidad que no sólo no rechaza, sino que lo que rechaza es que pueda ser rechazada tal posibilidad...” (7). Repito que el concepto de la dualidad de sustancias no contradice la doctrina del panteísmo, porque el alma y el cuerpo son dos manifestaciones de la misma substancia divina.

LA MUERTE Y LOS DOS MODOS DE CONCIENCIA

El saber que Machado distingue entre el espíritu y la materia nos ayuda a entender lo que quiere decir cuando habla de la muerte en relación con los dos modos de conciencia. La razón sirve para entender el mundo de la materia, pero sólo la conciencia intuitiva nos ayuda a conocer una realidad que trasciende los límites físicos. Por eso, la razón niega la existencia de una trasmuerte espiritual, mientras que la intuición la afirma.

(5) Francisco Vega Díaz, “A propósito de unos documentos autobiográficos de Antonio Machado,” *Papeles de Son Armadáns*, LIV (1969), p. 70.

(6) Antonio Machado, *Obras: Poesía y Prosa*, 2ª Edición (Buenos Aires: Losada, 1973), CXXXVI, xliii, p. 221.

(7) Dámaso Alonso, “Muerte y trasmuerte en la poesía de Antonio Machado”, *Revista de Occidente*, 5-6, (marzo y abril 1976), p. 18.

Que Machado piensa en esta manera ya lo sabemos de lo que dijo a su hermano —“así como con la razón no se podía probar la supervivencia del espíritu, en cambio la intuición parecía afirmarla”—y la expresión poética de este concepto la encontramos en el poema XII:

Amada, el aura dice
tu pura veste blanca...
No te verán mis ojos;
¡mi corazón te aguarda!
El viento me ha traído
tu nombre en la mañana;
el eco de tus pasos
repite la montaña...
No te verán mis ojos;
¡mi corazón te aguarda!
En las sombrías torres
repican las campanas...
No te verán mis ojos;
¡mi corazón te aguarda!
Los golpes del martillo
dicen la negra caja;
el sito de la fosa,
los golpes de la azada...
No te verán mis ojos;
¡mi corazón te aguarda! (OPP, p. 72).

Como en muchos poemas, la “amada” representa aquella parte de su alma con la que el poeta espera reunirse en el momento de su muerte. Así es que en las últimas dos estrofas de este poema Machado hable con su propia alma sobre lo que ocurrirá después de la muerte. Cuando coloquen su cuerpo en la “negra caja”, los ojos—símbolo de la facultad razonadora—ya no lo verán en el mundo sensible: “No te verán mis ojos”. Pero su intuición, representada aquí por el corazón, sabe que el alma seguirá viviendo en otra dimensión espiritual: “¡mi corazón te aguarda!”

Años después, Machado expresa semejante actitud en un poema que describe su actitud hacia la muerte de su esposa:

Dice la esperanza: un día
la verás, si bien esperas.
Dice la desesperanza:
sólo tu amargura es ella.
Late, corazón... No todo
se lo ha tragado la tierra (OPP, p. 190).

Lo que es real es la muerte del cuerpo, en la que se enfoca su conciencia racional, y es la causa de su “desesperanza”. Pero la “esperanza” que siente durante los momentos de conciencia intuitiva—“Late, corazón...”—le hace pensar que la destrucción del cuerpo no significa la aniquilación del alma: “No todo se lo ha tragado la tierra”.

UNA MAÑANA LUMINOSA

En varios poemas de *Soledades y Soledades, galerías y otros poemas*, Machado describe la visión de una mañana pura que será el principio de una existencia después de la muerte. El mejor ejemplo de esta visión luminosa se encuentra en el poema XXI, donde el poeta piensa de nuevo en el momento de la muerte:

Daba el reloj las doce... y eran doce
golpes de azada en tierra...
...¡Mi hora!—grité—. ...El silencio
me resonó: —No temas—;
tú no verás caer la última gota
que en la clepsidra tiembla.
Dormirás muchas horas todavía
sobre la orilla vieja,
y encontrarás una mañana pura
amarrada tu barca a otra ribera (OPP, p. 89).

El “silencio”, la voz de su conciencia intuitiva, le dice que no debe temer a la muerte, porque no la sentirá, y porque su muerte no representa el fin de la existencia. Luego, le promete que después de la muerte vendrá la luz de un nuevo día—“una mañana pura”—cuando el alma sigue existiendo en otra vida más perfecta. Para Dámaso Alonso, “ese mañana y esa llegada a una nueva ribera, el silencio se las promete al poeta, y a todo hombre. Es decir, no cabe duda de que el poeta imagina, cree, que algo es inmortal en el ser humano, y que ese algo le espera en una extraordinaria limpidez virginal, un nuevo día, en una desconocida ribera” (8).

También hay otro grupo de poemas donde las mismas imágenes—la “mañana pura” y el “nuevo día”—vuelven a utilizarse para representar la fe en la otra vida. Veamos estos poemas rápidamente.

En el poema XVII que se intitula “Horizonte”, el poeta camina hacia el “ocaso”—fin del día y, por extensión, símbolo de la muerte—y entonces siente en su corazón la promesa de una renovación venidera:

Y yo sentí la espuela de mi paso
repercutir lejano en el sangriento ocaso,
y más allá, la alegre canción de un alba pura (OPP, p. 76).

En el poema XXVII, es la “tarde” que representa el fin de la vida, que es también un principio:

...La tarde todavía
dará incienso de oro a tu plegaria,
y quizás el cenit de un nuevo día
amenguará tu sombra solitaria (OPP, p. 83).

(8) Dámaso Alonso, Op. cit., p. 20.

El poema XXXIV vuelve a describir la destrucción del “vaso cristalino” que representa la muerte del cuerpo, pero aquí le espera al alma el estado luminoso de una nueva existencia más perfecta:

Pero si guardas la mañana pura
que ha de romper el vaso cristalino,
quizás el hada te dará tus rosas,
mi corazón tus lirios (OPP, pl 87).

Y en el poema LXX el momento de la muerte trae la promesa de una renovación edénica:

Tú sabes las secretas galerías
del alma, los caminos de los sueños,
y la tarde tranquila
donde van a morir... Allí te aguardan
las hadas silenciosas de la vida
y hacia un jardín de eterna primavera
te llevarán un día (OPP, p. 119).

Dámaso Alonso cree que en estos poemas se ofrece la visión de una “trasmuerte paradisíaca” que no es equivalente a la idea del cielo cristiano, sino al más allá de la filosofía pagana (9). Esto no quiere decir que Machado sea anti-cristiano—su obra demuestra que es un cristiano sincero, si no ortodoxo—, pero su cristianismo se basa en una actitud tolerante que acepta todas las religiones verdaderas, precisamente porque ve en ellas las mismas cosas que ha visto en el cristianismo—el del Cristo, y no necesariamente el del establecimiento eclesiástico—,

DOS POEMAS PROBLEMÁTICOS

Antes de dejar el estudio de los primeros poemas de Machado, quiero hablar de un par de poemas que algunos escritores han señalado para demostrar que no tenía fe en la otra vida. Primero, veamos el poema IV, “En el entierro de una amigo,” donde los últimos versos ofrecen unas dificultades que no siempre se resuelvan fácilmente:

Sobre la negra caja se rompían
los pesados terrones polvorientos...
El aire se llevaba
de la honda fosa el blanquecino aliento.
—Y tú, sin sombra ya, duermes y reposa,
larga paz a tus huesos...
Definitivamente,
duermes un sueño tranquilo y verdadero (OPP, p. 64).

(9) Dámaso Alonso, Op. cit., p. 20.

Pues, ¿qué es el “blanquecino aliento” que sale de la fosa? ¿Es el polvo de los terrones quebrados o, de acuerdo, con el concepto de la dualidad de substancias, es el alma que empieza a recobrar su pureza después de la muerte del cuerpo? La frase “sin sombra ya”, ¿quiere decir que el alma por fin se ha librado de las imperfecciones del cuerpo? Y ¿qué es lo que experimenta la larga paz de un “sueño tranquilo y verdadero”: el alma, o los “huesos”? Este poema puede ser el producto de un momento de conciencia racional, cuando el poeta no piensa en la posibilidad de sobrevivir a la muerte. Sin embargo, en vista de la distinción que se establece entre el cuerpo y el alma en otros poemas de este período, también es posible que Machado haya querido decir algo más positivo sobre la muerte. Tal vez habla solamente de la muerte del cuerpo, mientras sugiere que el alma —el “blanquecino aliento”—avanza hacia la luz de un nuevo amanecer.

Luego, en el poema LXXVIII Machado se dirige a su propia alma y le pregunta si, al morir, se perderá para siempre el recuerdo de su origen divino: “¿Y ha de morir contigo el mundo mago/ donde guarda el recuerdo/ los hálitos más puros de la vida,/ la blanca sombra del amor primero...?” Y el poema termina con otra pregunta sobre el efecto que producirá la muerte en su identidad como individuo:

¿Y ha de morir contigo el mundo tuyo
la vieja vida en orden tuyo y nuevo?
¿Los yunques y crisoles de tu alma
trabajan para el polvo y para el viento? (OPP, p. 123).

De acuerdo con la concepción panteísta que siempre está presente en los poemas de Machado, el ser absoluto—“la vieja vida”—ha tomado una forma nueva al manifestarse como el individuo que es el poeta Antonio Machado—“en orden tuyo y nuevo”—. Pero su conciencia individual que contiene los recuerdos más íntimos, ¿se borrará con la muerte del cuerpo? En este poema sólo pregunta. Pero en otra ocasión aventura una respuesta optimista:

Recuerdos de mis amores,
quizás no debéis temblar;
cuando la tierra me trague,
la tierra os libertará (OPP, p. 820).

2. EL TRIUNFO DEL ALMA

La fe en la otra vida que hemos descubierto en los primeros poemas es la misma que le alienta a Machado en el trágico momento de la muerte de su esposa, Leonor. “Algo inmortal hay en nosotros—Machado escribe en una carta a Unamuno poco después de la muerte de su esposa—que quisiera morir con lo que muere. Tal vez por eso viniera Dios al mundo. Pensando esto me consuela algo. Tengo a veces esperanza. Una fe negativa también es absurda... En fin, hoy vive en mí más que nunca y algunas veces creo firmamente que la he de recobrar” (OPP, p. 1.016). De este modo se expresa también en su poesía:

...Vive esperanza: ¡quién sabe
lo que se traga la tierra! (CXXII, OPP, p. 191) (10).

No sabemos, en efecto, qué es la muerte, y mientras no tengamos una prueba de que la muerte es el fin de la vida, es absurdo tener una “fe negativa”. Si la razón no nos dice nada sobre el asunto, cualquier explicación—en pro, o en contra de la posibilidad de tener otra vida—es igualmente lógica. Siendo ello así, Machado no teme escoger la explicación más optimista.

De todos los poemas de Machado, el que contiene la afirmación más inequívoca de su fe en la inmortalidad del alma es el CXLIX del año 1914, que se intitula “A Narciso Alonso Cortés, poeta de Castilla”. En los primeros versos de este poema se encuentra una angustiosa descripción del tiempo y de su efecto corrosivo en el mundo físico:

Al corazón del hombre con red sutil envuelve
el tiempo, como niebla del río una arboleda.
¡No mires; todo pasa; olvida; nada vuelve!
Y el corazón del hombre se angustia... ¡Nada queda!...

Pero el tiempo es una ilusión del pensar lógico, el velo por el que estamos obligados a concebir la realidad absoluta. Aquí, como en otras ocasiones, Machado no se satisface con lo que le dice la lógica—“confiamos/ en que no será verdad/ nada de lo que pensamos”—y apela de nuevo al pensar poético: “Pero el poeta afronta al tiempo inexorable,/ como David al fiero gigante filisteo...” Y aunque su existencia se ha puesto en duda durante la época racionalista, lo que triunfa sobre el tiempo es el *alma*:

El alma. El alma vence—¡La pobre cenicienta,
que en este siglo vano, cruel, empedernido,
por esos mundos vaga escuálida y hambrienta!—
al ángel de la muerte y al agua del olvido.

Su fortaleza opone al tiempo, como el puente
al ímpetu del río sus pétreos tajamares;
bajo ella el tiempo lleva bramando su torrente,
sus aguas cenegosas huyendo hacia los mares.

Poeta, el alma sólo es ancla en la ribera... (OPP, pp. 241-242).

Sólo el alma, parte del ser absoluto que existe más allá de la desintegración de las cosas en el tiempo, le permite al poeta confiarse en la promesa de una vida eterna.

En febrero de 1915, Machado recibe la noticia de la muerte de Francisco Giner de los Ríos, su antiguo maestro en la Institución Libre de Enseñanza y un amigo de su familia. En seguida escribe un artículo—esta composición sirve como base de un poema que se comenta en el capítulo que sigue—en el que declara enfáticamente que no cree en la muerte de su maestro. “Y hace unos días se nos marchó—escribe—, no sabemos

(10) Dámaso Alonso también ha mencionado la muerte de Leonor y su efecto en la actitud del poeta: “Machado siente—quizás contra su educación y su modo de pensar serenamente—que le brota en el pecho algo, como una ternura, como una primavera, como una fe en un más allá que le permite ver de nuevo a su casi niña, a su esposa, a su Leonor”; Op. cit., p. 18.

adónde. Yo pienso que fue hacia la luz. Jamás creeré en su muerte. Sólo pasan para siempre los muertos y las sombras, los que no viven la propia vida” (11). No sabe adónde va don Francisco, pero piensa—intuye—que va hacia la luz, hacia la “divina lumbré” que es el destino del alma que se ha purificado.

Luego, en otro artículo de casi veintecuatro años después, Machado escribe sobre la muerte de su amigo don Blas Zambrano. Describe su último encuentro con don Blas en Barcelona, y declara que en esa ocasión lo encontró un poco envejecido. Entonces sigue: “Parecióme, sin embargo, que lo más suyo, lo indefinible personal que nos permite recordar y reconocer a las personas, no sólo no se había borrado en él, sino que aparecía más intacto que nunca... Y hoy pienso que si esto es lo que don Blas trajo consigo al mundo, y esto es también lo que tenía al llegar a los umbrales de la muerte, acaso sea esto, que parece dejarnos para el recuerdo, precisamente lo que él se lleva. Y ello sería en verdad consolador, si es que, como muchos pensamos, el destino de todos los hombres es aproximadamente el mismo” (12). En el que tal vez fue su último artículo—apareció en “Hora de España” en Barcelona a fines de enero de 1939, poco más de un mes antes de su propia muerte en Collioure—Machado expresa la misma esperanza que hemos visto en el resto de su obra. Le consuela que don Blas conserve su alma—“lo más suyo, lo indefinible personal”—a pesar de la vejez y de la muerte, y piensa que es “esto” lo que se mantiene “más intacto que nunca” y luego “se lleva” en el momento de la muerte.

3. EL PROBLEMA DE LA CONTINUIDAD INDIVIDUAL

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Antes de seguir con nuestro estudio de lo que piensa Machado sobre la muerte en los últimos años de su vida, hay que ver también otro aspecto del tema de la inmortalidad. En cierto sentido, la muerte no es un problema, porque toda esencia es eterna como parte del ser absoluto. La verdadera cuestión es otra: se trata de saber si la identidad se pierde cuando el alma se reúne con el todo. Éste es el problema que Machado menciona en el poema LXXVIII que ya se estudió en este capítulo, y el mismo problema había aparecido en el poema XVIII:

El sabe que un Dios más fuerte
con la sustancia inmortal está jugando a la muerte
cual niño bárbaro. El piensa
que ha de caer como rama que sobre las aguas flota,
antes de perderse, gota
de mar, en la mar inmensa... (OPP, p. 77).

(11) Citado de “Don Francisco Giner de los Ríos”, en *Antonio Machado: Antología de su prosa*, Tomo I, “Cultura y Sociedad” (Madrid: Edicusa, 1970), pp. 154-155.

(12) Citado de “Don Blas Zambrano”, en *Antonio Machado: Antología de su prosa*, Tomo I, Op. cit., p. 170.

El poeta duda de la permanencia del alma—se compone de “sustancia inmortal”—pero teme que un Dios caprichoso le condene a una inmortalidad impersonal. Conviene determinar si en su obra posterior Machado logra resolver este problema importante.

DOS ALTERNATIVAS

En un poema de *Campos de Castilla*, Machado vuelve a mencionar el problema de la continuidad individual, y en esta ocasión considera la posibilidad de tener dos soluciones distintas:

Morir... ¿caer como gota
de mar en el mar inmenso?
¿O ser lo que nunca he sido:
uno, sin sombra y sin sueño,
un solitario que avanza
sin camino y sin espejo (OPP, p. 222).

Al estudiar este poema muchos críticos no han visto que las dos preguntas sobre la muerte se refieren a dos alternativas opuestas y que la primera es negativa, la segunda, positiva (13). Se nota al empezar que ambas preguntas implican la continuación de la vida después de la muerte. La primera se refiere a la misma situación que hemos visto en el poema XVIII: quiere saber si la muerte resulta en una continuidad anónima, cuando la identidad del alma se pierde en el ser absoluto. La segunda pregunta se apunta a una situación que es más difícil de explicar, porque se trata de algo que el poeta ha conocido a través del pensar poético, es decir, intuitivamente. La frase “Ser algo que nunca he sido” significa que el poeta piensa en una vida totalmente nueva. ¿Cómo difiere de la vida que ha llevado hasta ahora? Si miramos bien, veremos que hay cinco cosas que constituyen la diferencia: el alma estará 1) “sin sombra”, 2) “sin sueño”, 3) “sin camino”, 4) “sin espejo” y 5) será “uno”, es decir “un solitario que avanza”. Si las examinamos a la luz de lo que ha dicho Machado en el resto de su obra, veremos que estas cinco cosas—sombra, sueño, camino, espejo, y la falta de individualidad—constituyen cinco modos de

-
- (13) Sobre este poema ha escrito Dámaso Alonso: “De 1913 es este poemilla en que la duda se le plantea entre dos posibilidades: la disolución del ser, que se funde en el Todo, o una prolongación de la existencia con mutación de personalidad, una extraña criatura solitaria, como un perdido asteroide, por un vacío infinito, sin órbita y sin sombra” Op. cit., p. 22. P. Cerezo Galán ha visto cierta diferencia entre las dos posibilidades de sobrevivir a la muerte, pero porque no ve el aspecto positivo de la segunda alternativa, cree que Machado prefiere la idea de disolverse en el todo: “Este solitario que avanza (¿dónde?, ¿cómo?, ¿hacia dónde?), sin conciencia ni individuación se parece demasiado al resucitado por los aires, liberado de la pesadumbre de la tierra, pero sin poder ya animar el mundo con su propio resuello. Y creo que M. se inclinaría mejor al primer miembro de la alternativa: la muerte no como una liberación del mundo, sino como una caída y contribución con la propia vida al eterno fluir de la conciencia universal”; *Palabra en el tiempo* (Madrid: Gredos, 1975), p. 324. Admito que la idea de nuestra vida como contribución a la conciencia universal no es del todo negativa, pero sí lo es, para Machado, la pérdida de individualidad que esto implica. Por otra parte, Cerezo Galán no ha reconocido que el ser “uno” y el ser “solitario” implican no la falta de individuación, sino lo opuesto, tal como intento demostrar en lo que sigue.

ser que el poeta quiere evitar y, por eso, su eliminación producirá una vida superior. Veamos estas cosas separadamente.

La imagen de la sombra se refiere a la imposibilidad de ver la “luz”: la verdad, el sentido de la vida, la realidad divina, etc. Ésta es la situación que se describe, por ejemplo, en el poema “Galerías”, donde el poeta camina a tientas, mientras avanza por “un estrecho y largo/ corredor tenebroso” hacia el “fondo iluminado” que nunca puede alcanzar en esta vida. Luego, la sombra también representa *las imperfecciones* que enturbian las puras aguas del origen. Como declara Machado en un poema dedicado a la memoria de su esposa Leonor, la vida brota de un “claro venero”, pero entonces se llena de “cieno verdoso y turbias heces” antes de llegar al arcano mar que es el morir (OPP, p. 309). Por eso el amigo del poema IV está “sin sombra ya”, cuando el “blanquecino aliento” que es el alma sale del cuerpo imperfecto (OPP, p. 64); y por eso también se dice que Francisco Giner de los Ríos avanza “hacia otra luz más pura” en el momento de su muerte (OPP, p. 229).

La idea del sueño se utiliza para describir al “pobre hombre en sueños”, cuya conciencia finita no es capaz de llegar a un entendimiento de la verdad divina. Sin embargo, la idea de la vida como sueño no significa que *todo* sea irreal. Como tantas cosas en la poesía de Machado, no es posible alcanzar el verdadero significado de este concepto, si no se tiene en cuenta la concepción panteísta que es la base de su pensamiento metafísico. Porque si en el momento del origen, nuestra conciencia forma parte de la infinita conciencia del Ser Supremo, nuestro nacimiento entre los límites del mundo físico será, en efecto, como el principio de un largo sueño. Y precisamente porque la vida es sueño, el momento de la muerte ha de ser un despertar, cuando el alma sale de un estado de conciencia limitada, y vuelve a participar en la conciencia divina. Esto es lo que implica el poeta en más de una ocasión:

Tras el vivir y el soñar
está lo que más importa;
despertar (CLXI, liii, OPP, p. 280).

Si vivir es bueno,
es mejor soñar,
y mejor que todo,
madre, despertar (CLXI, lxxxi, OPP, p. 285).

...cuando vino la muerte
el viejo a su corazón
preguntaba: ¿Tú eres sueño?
¡Quién sabe si despertó! (CXXXVII, OPP, p. 225).

En el contexto de la segunda alternativa que se examina en el presente estudio, la falta de camino no se refiere a la idea de ser perdido, como en otros poemas de Machado. En esta ocasión, tener camino representa la idea de seguir por un rumbo determinado dentro de los confines del mundo físico, y caminar por esta vida es ir de nuevo por “un estrecho y largo/ corredor tenebroso”, como ha dicho el poeta en el poema “Galerías”. De este modo, no tener camino en el momento de la morir significa que el alma “avanza”

hacia otra dimensión de la vida, sin el estorbo de los límites corporales, y por fin alcanza la capacidad de crear su vida en el estado de una libertad más completa.

Tal como la idea del sueño, el “espejo” es otro símbolo del carácter ilusorio de la vida que se conoce por los sentidos. Para la conciencia humana, la realidad siempre se esconde detrás del “enemigo espejo” de las apariencias. Por eso, el que se mira por fuera “ya no se ve en el espejo/ porque es el espejo mismo” (CLXI, vi, OPP, p. 271); y el que se mira por dentro también está condenado a contemplar sus movimientos en un “borroso/ laberinto de espejos” (XXXVII, OPP, p. 89). Sólo el que despierta en un estado de “conciencia integral”—durante la experiencia mística, o en el momento de la muerte—puede penetrar el velo de las apariencias: “Nunca imagen miente/ —no hay espejo; todo es fuente—” (OPP, p. 337).

Finalmente, para entender la idea del alma unitaria y solitaria, hay que tener en cuenta lo que se dijo en el primer capítulo sobre la diferencia entre el panteísmo y el panenteísmo. El panteísmo puro—la identificación de Dios con el mundo—rechaza el concepto de la individualidad: el alma (el microcosmos) refleja la imagen de Dios (el macrocosmos) sin diferenciarse como individuo. En cambio, el panenteísmo modifica los conceptos del panteísmo puro al añadir la teoría del “mundo en Dios”, la que permite la idea de los individuos libres dentro de la unidad divina. De este modo la palabra “uno”, tal como la frase “un solitario que avanza” significa que, en vez de perderse en la anonimidad del todo, el alma se afirma en su verdadera individualidad, y luego sigue evolucionando en el esfera de una existencia más libre y más perfecta.

Repito que la diferencia entre las alternativas de este poema es la misma que existe entre el panteísmo y el panenteísmo. Si aceptamos la respuesta de los panteístas puros, la muerte trae la pérdida de identidad que ocurre cuando el alma se funde con el ser absoluto. Pero si tomamos la respuesta de los que no creen en la absoluta identificación de Dios con el mundo, el fin de esta vida es también el principio de una conciencia más completa de nuestra relación con la realidad divina. Pero, ¿cuál de estas respuestas es la que acepta el poeta Antonio Machado?

CABE ESPERANZA

Aunque su metafísica pertenezca a la tradición del panenteísmo krausista, Machado sigue luchando con el problema de la continuidad individual. Pero si nunca se libra completamente de la influencia del escepticismo racional, también es cierto que nunca pierde la esperanza que le proporciona su conciencia intuitiva. Una de las cosas más importantes que jamás ha escrito Machado en este sentido es la descripción de la muerte que pone en una carta a Unamuno. Aquí se expresa en términos muy claros su esperanza, no solamente de tener otra vida, sino de experimentar la misma renovación individual que se describe en la segunda parte del poema que acabamos de estudiar. Veamos estas palabras alentadoras:

¿Qué es lo terrible de la muerte? ¿Morir o seguir viviendo como hasta aquí, sin ver? Si no nos nacen otros ojos cuando éstos se nos cierran, que éstos se los lleve el Diablo, poco importa. Tal vez no sea esto lo humano... Cabe otra esperanza que no es la de conservar

nuestra personalidad, sino de ganarla. Que se nos quite la careta, que sepamos a qué vino esta carnavalada que juega el universo en nosotros o nosotros en él, y esta inquietud del corazón para qué y qué es... ¿Que dormimos? Muy bien. ¿Que soñamos? Conforme. Pero cabe despertar. Cabe esperanza, dudar en fe... (OPP, p. 1.022).

Tal vez Machado nunca logra resolver, racionalmente, el problema de la continuidad del individuo, pero estas palabras de la carta a Unamuno vienen a ser la respuesta cordial a todas sus preguntas sobre la muerte y la otra vida. Y ésta es más que una mera esperanza imposible. Es una esperanza que “cabe”, es decir, *que es posible*, en términos de la metafísica panenteísta que hemos examinado en este libro.

4. LA MUERTE DE ABEL MARTÍN

EL VASO DE PURA SOMBRA

En su estudio de la muerte en la poesía de Antonio Machado del que ya he citado varias veces, Dámaso Alonso también ha observado que Machado expresa la esperanza de tener otra vida en ciertos poemas tempranos y en otros poemas después de la muerte de Leonor. La mejor formulación de lo que el poeta creía en los últimos años, según Dámaso Alonso, se encuentra en los versos finales del poema “Muerte de Abel Martín”:

...Su vida entera,
su historia irremediable aparecía
escrita en blanda cera.
¿Y ha de borrarte el sol del nuevo día?
Abel tendió su mano
hacia la faz bermeja
de una caliente aurora de verano,
ya en el balcón de su morada vieja.
Ciego, pidió la luz que no veía.
Luego llevó, sereno,
el limpio vaso, hasta su boca fría,
de pura sombra—¡oh, pura sombra!—lleno (OPP, p. 377).

En este poema Machado expresa de nuevo el temor de perder la identidad individual, y luego termina con una descripción de la muerte del poeta apócrifo, la que ha interpretado Dámaso Alonso de la manera siguiente: “Ese vaso ‘de pura sombra lleno’ que Abel Martín bebe en el instante de morir, habla, inequívocamente... de la ‘más pura sombra’ que nuestra mente puede concebir: la nada. No sé si después de esta definición de la muerte, muy tardía (salió, en libro, en 1936) Machado haya llegado a publicar ninguna otra, y pienso que ésta es la que más corresponde a su manera íntima de pensar” (14).

Primero, conviene mencionar aquí el ya citado artículo sobre la muerte de Blas Zambrano se publicó tres años después de este poema, en enero de 1939. Luego, hay que

(14) Dámaso Alonso, Op. cit., p. 22.

tener en cuenta otra cosa que pocos críticos han considerado al escribir sobre este poema. Me refiero a lo que ha dicho Juan de Mairena sobre la muerte de su maestro, lo cual es indispensable para entender lo que Machado quiere decir con esta definición de la muerte. En su discusión de la muerte de Abel Martín, Mairena declara que su maestro estaba “más inclinado, acaso, hacia al nirvana búdico, que esperanzado en el paraíso de los justos” (OPP, p. 494). Bien puede ser correcto lo que dice Dámaso Alonso al sostener que esta definición de la muerte es la que más correspondía a la “manera íntima de pensar” del poeta en los últimos años de su vida. Si es así, quiere decir que Machado tiende a creer en un concepto de muerte que es equivalente—lo afirma el apócrifo—al nirvana de los budistas. Pero ¿qué es el nirvana, y qué significa con respecto a la posibilidad de tener otra vida? Para Dámaso Alonso, el fin del poema quiere decir que Machado “parece anhelar precipitarse en el total vacío, la ‘sombra’ químicamente pura, de la Nada” (15). O sea, que ya no cree en la posibilidad de conservar su individualidad, porque piensa que su conciencia va a anularse en la nada. Hay muchas personas para quienes ésta sería una interpretación correcta del concepto del nirvana. No obstante, pensar esto es malentender el budismo y, como espero demostrar en lo que sigue, no corresponde a lo que Machado ha querido decir en los últimos versos del poema.

EL NIRVANA BÚDICO

En el siglo pasado había un nuevo interés en las ideas del pensamiento oriental, pero debido a la tendencia racionalista que predominaba durante la época, muchas personas entendieron el budismo de una manera demasiado literal y, por eso, pensaban que el nirvana era la total aniquilación del ser. Más recientemente, sin embargo los escritores occidentales han venido a entender que el nirvana no corresponde a la Nada en un sentido absoluto.

El nirvana es el Vacío, o la Nada, solamente desde el punto de vista de la mente racional. Es un aspecto del ser que no puede ser captado intelectualmente, porque trasciende el intelecto; puede ser experimentado, pero no puede ser descrito ni definido. (Compárese esto con lo que dice Abel Martín: “Quien piensa el ser puro, el ser como no es, piensa, en efecto, la pura nada” (OPP, p. 333). Para la persona cuya conciencia logra traspasar los límites del reino de los fenómenos transitorios (*sangsara*), lo que el intelecto define como Vacío es revelado como un estado de Plenitud Absoluta, o como lo describe el gran orientalista W. Y. Evans-Wentz: “La Plenitud Trascendente del Vacío” (*The Transcendent Fullness of the Emptiness*) (16). El que entra en el estado del nirvana aprende que el Vacío es la causa, y el resultado de todo lo que es. En este sentido, el nirvana es equivalente al Ser Absoluto:

(15) Dámaso Alonso, Op. cit., p. 22

(16) W. Y. Evans-Wentz, *The Tibetan Book of the Great Liberation*, con comentario de C. G. Jung (London: Oxford University Press, 1977), p. 1.

El *Nirvana*, como el Vacío—escribe Evans-Wentz—es la Fuente de la existencia *sangsárica*, aunque la trasciende. Tal como el Sol es eternamente el Sol, a pesar de las emanaciones de luz y de energía, del mismo modo el *Nirvana* es lo Quieto, aunque sea el último engendrador de las actividades mundanas. El hombre, la conciencia del mundo, la vida, la energía, son ilusorios aspectos individualizados, o manifestaciones, de Aquello que es la única e indivisible Unidad de Todas las Cosas; son, como enseña nuestro tratado, de la Única Mente. El hombre *per se* ha sido, y es eternamente, esenciado en la Única Mente, en el Vacío (*Voidness*) (17).

Y a los que creen que el nirvana representa el fin de la vida, Evans-Wentz les ha dicho:

El *Nirvana* es un estado trascendente, más allá del *Sangsara* [el mundo de las apariencias], o más allá del Reino de Nacimiento, de la Enfermedad, de la Vejez y de la Muerte... El *Nirvana* no es, entonces, como han asumido algunos escritores mal informados, sinónimo de la total aniquilación del ser; es una victoria sobre *Maya*, sobre la Ignorancia, sobre el Reino del Fenómeno y de las Apariencias Transitorias; un extinguir, por un acto de voluntad, de la llama de la existencia sensorial; una emergencia de una conciencia inferior a una conciencia Superior; un triunfo sobre la *sangsárica* mentalidad animal; el atenerse a la Evolución Superior, al Ser Verdadero (18).

En otro estudio del misticismo oriental, el cisterciense norteamericano, Thomas Merton, también intenta ofrecer una definición más correcta del estado de conciencia apetecido por los budistas:

La experiencia del Zen es, primeramente, una liberación de la noción del “yo” y de la “mente”; pero no es aniquilación ni pura inconsciencia (como algunas personas de occidente conciben el “nirvana”). Es, al contrario, una especie de superconciencia en la que uno experimenta la realidad, no indirectamente o mediatamente, sino directamente, y en la que sin codiciar ninguna experiencia y ningún tipo de conciencia como tal, uno está simplemente “consciente” (19).

Así, cuando Abel Martín toma el vaso de pura sombra, según las palabras de Juan de Mairena, está a punto de entrar en el nirvana, un estado de pura conciencia que es

(17) Evans-Wentz, Op. cit., p. 5.

(18) Evans-Wentz, Op. cit., p. 227n.

(19) Thomas Merton, *Mystics and Zen Masters* (New York: Delta, 1978), p. 237. Merton también tiene algo que decir sobre la creencia que la individualidad se pierde al entrar en un estado de conciencia superior: “La conciencia absolutamente pura de la experiencia del Zen no es la negación, ni la aniquilación de los seres concretos. Implica una aceptación de éstos como son, pero con una conciencia totalmente transformada que no los ve como objetos, sino que, por decirlo así, ‘se asoma’ de ellos mismos. El despertar final de la conciencia del Zen no es la pérdida del ser personal (*self*) sino el descubrimiento y el don del ser en todo, y por todo” Op. cit., p. 253. Los budistas niegan la existencia del alma, tal como se concibe con la mente racional, pero como indican Evans-Wentz y Jung en su estudio de *The Tibetan Book of the Dead*, la continuidad del yo se preserva hasta cierto punto. El mismo Gautama, después de hacerse el Buda, se acuerda de sus vidas previas, lo cual indica que la persona que se conoce en el estado del nirvana no pierde la memoria de su individualidad.

equivalente al ser absoluto que es Dios. Como veremos, hecho de que el poema termina con la palabra “lleno”, confirma que el nirvana no es la Nada, sino—en las palabras de Evans-Wentz—la “Plenitud Trascendente”, que es la fuente de todo lo que es (20).

LA TEORÍA DE SCHOPENHAUER

Antes de volver al poema de Machado, quiero examinar rápidamente algunas ideas de Arturo Schopenhauer que tienen mucha semejanza con las del budismo (21), y que el propio Machado conocía muy bien. (Además de los numerosos puntos de contacto entre la metafísica de Machado y la del filósofo alemán, Machado ha citado las ideas de Schopenhauer en más de una ocasión: véanse, por ejemplo, su ensayo “Apuntes sobre Pío Baroja” (OPP, pp. 798-800) en el que se examina la influencia de Schopenhauer en la obra del novelista español, y otro ensayo que se intitula “Leibniz y Schopenhauer” [OPP, pp. 774-774]). Veremos que Schopenhauer tampoco concibe el nirvana como la ausencia del ser, y tiene algo que decir, además, sobre lo que uno tiene que hacer para alcanzar esta forma de conciencia superior.

En su obra *Die Welt als Wille und Vorstellung*, Schopenhauer basa sus ideas en el concepto de que el fundamento del ser es la *voluntad*, una especie de energía cósmica que es más o menos equivalente al concepto del ser absoluto: “El mundo es el auto-cocimiento de la voluntad”; y en otra parte: “Hemos reconocido la naturaleza esencial del mundo como voluntad, y todos sus fenómenos, como los objetos de la voluntad” (22). El llamado “mundo real” que es el producto de la voluntad de vivir, no es sino una ilusión que atrapa al hombre y lo hace sufrir. Tal como enseña el budismo, la única manera de evitar el sufrimiento es negar la voluntad de vivir, la que crea en nosotros el deseo de cosas transitorias e irreales. Schopenhauer reconoce que esto parece conducirnos a la nada; pero también es cierto que “detrás de nuestra existencia ilusoria, hay algo más, que solamente es posible conocer si renunciamos a este mundo”. Ese “algo” tiene que ser descrito negativamente, porque no corresponde a ningún concepto intelectual. Pero si uno insiste en encontrar una manera para expresar positivamente, lo que la filosofía sólo puede definir en términos negativos, “no tiene más remedio que referirse a ese estado que han experimentado los santos quienes han logrado una negación completa de la voluntad, al cual se ha referido con los nombres tales como ‘éxtasis’, ‘gloria’, ‘iluminación’, ‘unión con Dios’, etc.; un estado, sin embargo, que no puede describirse como conocimiento, porque no tiene forma de sujeto y objeto y, además, solamente es posible experimentarlo

-
- (20) Después de la transformación de su propia conciencia, Franklin Merrell-Wolff declara: “Se me ocurrió de repente que el Nirvana no es un estado ni un espacio en el que se entra... sino que me di cuenta de que ‘Yo soy el Nirvana’. En otras palabras, el verdadero Yo no es otra cosa que el Nirvana”; *Pathways Through to Space* (New York, Warner Books, 1976), p. 45.
- (21) Para un estudio de la relación entre Schopenhauer y el budismo, el lector puede consultar el libro de Dorothea W. Dauer, *Schopenhauer as Transmitter of Buddhist Ideas* (Berne: Herbert Lang, 1969).
- (22) Citado de *The Philosophy of Schopenhauer* (New York: Modern Library, 1928), p. 333 y p.334.

subjetivamente, y no puede ser comunicado a otra persona” (23). Sí, en efecto, ante nosotros está la nada, pero, en las palabras de Schopenhauer,

si dejamos de ver solamente nuestra existencia imperfecta y si dirigimos la mirada a los que han vencido al mundo... veremos aquella paz que está por encima de toda razón, aquella perfecta tranquilidad del espíritu, aquel hondo reposo, aquella confianza y aquella serenidad inviolables, el mero reflejo de los cuales en el rostro, tal como lo han representado Rafael y Correggio, es un evangelio entero y seguro... Así, tenemos que rechazar la impresión oscura de la nada que percibimos detrás de toda virtud y toda santidad, como su meta final... Por eso, reconocemos libremente que lo que queda después de la abolición entera de la voluntad es, para los que todavía tienen voluntad, seguramente nada; pero en sentido inverso, para ellos en los que la voluntad se ha negado a sí misma, este mundo nuestro que es tan real, con todos sus soles y sus vías lácteas—es nada (24).

Por eso, a pesar de que nuestro intelecto tiene que pensarla en términos negativos, no debemos temer a la nada, porque es la sola y única Realidad absoluta.

Ahora, después de estas digresiones filosóficas, es posible hacer dos aclaraciones en cuanto al poema sobre la muerte de Abel Martín. Una tiene que ver con las emociones que siente Abel Martín en el momento de morir; otra se refiere a lo que Machado quiso decir cuando empleó el concepto del nirvana para describir la muerte del poeta apócrifo.

LA MALA GRITERÍA

Muy semejante a lo que acabamos de ver en el pensamiento de Schopenhauer, poco antes de morir Abel Martín intenta deshacerse de la voluntad de vivir, para experimentar un estado de paz interior. En otro poema de este mismo período que se intitula “Últimas lamentaciones de Abel Martín”, el poeta describe un intento de controlar las emociones que destruyen la serenidad de su espíritu:

¡Oh, descansar en el azul del día
como descansa el águila en el viento,
sobre la sierra fría,
segura de sus alas y su aliento!
La augusta confianza
a tí, naturaleza, y paz te pido,
mi tregua de temor y de esperanza,
un grano de alegría, un mar de olvido... (OPP, p. 358).

Luego, el mismo tema aparece de nuevo en “Muerte de Abel Martín”:

Antes me llegue, si me llega, el Día,
la luz que ve, increada,

(23) *The Philosophy of Schopenhauer*, Op. cit., pp. 333-334.

(24) *The Philosophy of Schopenhauer*, Op. cit., pp. 334-335.

ahógame esta mala gritería,
Señor, con las esencias de tu Nada... (OPP, p. 376).

Antes de reunirse con el ser absoluto—“la luz que ve, increada”—, Abel Martín quiere librarse del deseo: el “temor” y la “esperanza”, y la “mala gritería” que estas emociones producen en su conciencia. En este sentido, el “olvido” y la “Nada” son positivos, porque representan la tranquilidad completa del que se ha librado del deseo, para armonizar su propia voluntad con la del Todo.

Juan de Mairena nos indica cuál fue el resultado de este esfuerzo del poeta, al declarar que su maestro se salva, porque acepta la muerte con serenidad: “Con todo, debió salvarse a última hora, a juzgar por el gesto postrero de su agonía, que fue el de quien se traga ligeramente la muerte misma sin demasiadas alharacas” (OPP, p. 494). La frialdad de su boca—“llevó sereno,/ el limpio vaso, hasta su boca fría”—no significa falta de vida, sino ausencia de emoción. Y porque se trata de un intento de lograr el nirvana, según nos asegura Mairena, el hecho de “salvarse” parece indicar que Abel Martín en efecto logró entrar en el estado de conciencia que tanto apetecen los budistas, y los místicos occidentales.

¿EL VACÍO O LA PLENITUD?

Queda por determinar, finalmente, si el concepto del nirvana representa, para Machado, la aniquilación del ser, o el estado de plenitud absoluta que describen los budistas. Para ello conviene examinar más detalladamente el último verso del poema:

...de pura sombra —¡oh pura sombra!— lleno.

Cabe hacer hincapié primero en un detalle importante: Machado no emplea las palabras “nada” o “vacío”, sino la palabra “sombra”. (Como se ha observado al hablar del nirvana la “nada” y el “vacío” no significan, para el budista, ausencia del ser; pero puesto que el hombre de occidente a veces malentende estos conceptos, Machado tal vez quiso evitarlos.) Cobra importancia, así, la palabra “sombra”—el poeta insiste en ella al mencionarla dos veces—como indicio de lo que Machado quiere decir con este verso. Pues bien, la sombra no indica falta de ser sino falta de visión, o falta de luz. Al describir el acto de beber un vaso de “pura sombra”, así, Machado se refiere, no a la ausencia de vida, sino a la imposibilidad de concebir la realidad absoluta. Refuerza esta suposición la connotación positiva, casi religiosa del adjetivo “pura” (recuérdese la “mañana pura” de los poemas tempranos). Luego, el verso, y el poema entero, terminan con la palabra “lleno”, una palabra crucial que denota la idea de un estado de plenitud más allá de los límites del mundo sensible. Y ha de ser en este estado de *plenitud trascendente* en el que entra Abel Martín cuando muere, lo cual indica que para Machado el nirvana no es el vacío, ni la aniquilación absoluta. Machado nunca describe la vida al otro lado de la muerte—sólo puede indicarse negativamente, como dijo Schopenhauer—, pero el poeta parece afirmar su existencia con la última palabra del poema.

Además de los elementos ya anotados, la mejor justificación de interpretar el poema de esta manera, tal vez, es que concuerda con la fe en la otra vida que hemos visto en los poemas anteriores, en la carta a Unamuno, y en los ensayos sobre la muerte de Giner de los Ríos y don Blas Zambrano. Y ahora, ya que hemos visto que Machado siempre tiene la esperanza de seguir viviendo después de la muerte, en el capítulo que sigue pienso estudiar otro aspecto del tema de la otra vida que resulta de una concepción panteísta.